



José Martí

Semblanza de un genio

Por: Alfonso M. Escudero

(Tomado del Prólogo de: José Martí - Páginas Escogidas - 1963 - Buenos Aires)

(OCTAVA Y ÚLTIMA PARTE)

JOSE MARTÍ Y EL MODERNISMO

Ya en el prólogo de la adaptación huguiana de Mis hijos (1875), declaraba Martí:

"En las estreches de una escuela yo no vivo. Ser es más que existir... No hay romanticismo ni clasicismo".

Romántico por temperamento, porque, como diría más tarde Darío, "¿quién es que no es romántico?", rompió desde muy temprano las barreras románicas y clasicistas y auspició un verso que al mismo tiempo fuera nervio, luz y matiz, un verso vibrante, ágil y natural:

"Amo las sonoridades difíciles, el verso escultórico, vibrante como la porcelana, volador como un ave, ardiente y arrollador como una lengua de lava... Amo las sonoridades difíciles y la sinceridad, aunque pueda parecer brutal".

"Contra el verso retórico y ornado, el verso natural"
"Yo no corregiría nunca lo que escribiera para tí"

Un verso espontáneo y hasta desaliñado.

Porque su poesía es emanación de vida. O, como dice Manuel Pedro González, "en él, el verso brota espontáneo de grandes dolores y angustias o de una dulce placidez cordial, pero siempre enraizado en su vibrante emotividad".

Amigo de Manuel Gutiérrez Nájera desde 1875, en 1893 Inúman; y Martí hace en esa ocasión algo que no acostumbra hacer: sigue las huellas de Gutiérrez Nájera y el modernismo en los versos a la hija: Cecilia Gutiérrez Nájera y Mallefert.

Ese homenaje humano a la hija y amistoso y literario al padre, no es obstáculo suficiente para afirmar que Martí no siguió recetas, como tampoco las preparó para los demás.

Por eso, aunque desde cierto punto de vista precursor del modernismo, el modernismo como escuela lo subestimó o lo vio como a militante de otras filas.

Pero, ya se sabe: sobreviven, perduran las individualidades: las escuelas envejecen.

¿Qué queda hoy, por ejemplo, de las exóticas japonerías, que de las princesas liliales, qué del helénismo versallesco, qué del decadentismo finisecular.

Y otra pregunta: ¿en qué sentido podría defenderse la tesis de Martí precursor del modernismo?

La pregunta tal vez está mal formulada: en vez de modernismo habría que escribir renovación literaria. Y entonces sí que habría que insistir en ciertas conquistas, o, por lo menos, pautas de Martí: defensa y práctica de la libertad formal, el toque leve, el olvido de lo inmediatamente anterior, aunque a veces ese olvido no sea más que regreso a lo clásico.

Premodernista, o nada de eso, y aunque por demasiado sencillo no lo reconociera el modernismo de escuela, su influjo entre algunos modernistas parece innegable.

En 1893 Darío viene a Buenos Aires por la caprichosa ruta Nicaragua-Nueva York-París. Veinte años después recordará en su autobiografía:

"De pronto, en un cuarto lleno de luz, me encontré entre los brazos de un hombre pequeño de cuerpo, rostro iluminado, voz dulce y dominadora al mismo tiempo y que me decía esta única palabra: ¡Hijo!".

¿Cómo justificamos este hijo que Darío recoge tan ufano?

Desde luego, el Whitman de Martí (1887) provocaría el medallón respectivo en Azul (1888); Los zapatillos de rosa y determinados pasajes de La Exposición de París (piezas ambas de La edad de oro, 1889) influirían en A Margarita Debayle (1908). De Martí también derivan, parece, determinadas ideas de la oda. A Rossetti, de la Salutación al Águila y de la Epístola a la señora de Lugones, ideas intensificadas en Darío por su permanencia en España.

De las de Martí, finalmente, arrancarían la crónica vivaz, a la francesa, de Darío, y acaso hasta las de los frívolos y finos Enrique Gómez Carrillo y Ventura García Calderón: los exabruptos de Unamuno; los recados de Gabriela Mistral, "una de las almas más afines con la de Martí que han brotado en América", dice Manuel Pedro González.

El mismo Manuel Pedro González escribe:

"La frondosa imaginación, el metafóricismo desenfadado que en América se elevaron por los años del veinte al cuarenta a la categoría de culto y fin en sí mismo, fueron poco propicios a la recta evaluación de la poesía martiana, de signo diametralmente opuesto. En tanto en Martí la palabra y la metáfora no son más que vehículos de la idea y de la emoción..., en las nuevas modalidades se invirtió el orden de los valores".

Pero la furia vanguardista también ha sido, al fin, superada. Cerremos estas notas con dos testimonios esclarecedores y de peso:

El de Federico de Onís (1934):

"La sencillez y libertad a que aspiró su poesía consistió en dar lo más puro, elevado y complejo de sí mismo, en supremo esfuerzo de originalidad... Su originalidad innovadora tampoco basta para encasillarlo entre los precursores del modernismo. El espíritu de Martí no es de época ni de escuela: su temperamento es romántico...; pero su arte arraiga de modo muy suyo en lo mejor del espíritu español, lo clásico y lo popular...: su modernidad apuntaba más lejos que la de los modernistas, y hoy es más válida y patente que entonces".

Y el de Andrés Iduarte:

"En Martí había todo lo bueno del modernismo, sin su pega: había todo lo bueno de lo español, sin el rendimiento a lo más barato, lo vistoso: había lo elemental, lo indio y lo español, que está también en lo mejor de Darío. Y precisamente en esa parte mejor de Darío había mucho de Martí".

"Como estuvo y está en el corazón de lo mejor del modernismo sin escuelas que pudo conocerlo -Darío Unamuno, Juan Ramón, Gabriela Mistral-, lo está en la de toda verdadera poesía, sobrepasando modas y derrotando cenáculos".

TODO POR CUBA

Con un trozo de los grillos que llevó como penado en las canteras, se hizo Martí un anillo que ya no se quitó.

En adelante su vida tendría un objeto absorbente: la libertad de Cuba.

Por Cuba renuncia familia, carrera profesional, fortuna, amor. Y Cuba ya estará para él siempre en un trasfondo inevitable, sobre todo por las nostalgias: la isla se le idealiza por la lejanía.

Tendrá que ganarse la vida anónimamente, a brazo partido y en un medio hostil, entre cadenas de obstáculos de todo orden.

Y pone en su tarea una constancia ejemplar, a brazo partido y en un medio hostil, entre cadenas de obstáculos de todo orden.

Y pone en su tarea una constancia ejemplar, muy en consonancia con quien ha dicho:

"Perder una batalla no es más que la obligación de ganar otra".

"El deber debe cumplirse sencilla y naturalmente".
Y a este propósito, fue héroe no tanto por haber muerto en una acción de guerra suscitada por él mismo, sino más bien por haber luchado muchos años por un ideal y haber sabido sufrir por él.

Su madre suele escribirle cartas oecias de ortografía y fuertes en muchas cosas de más peso: "¿Quisiera pensaras menos en los demás, para pensar más en los tuyos, que bien lo necesitan": o

"El que se mete a redentor sale crucificado"

Pero él contesta:

"Usted se duele, el cólera de su amor, del sacrificio de mi vida... ¿Y por qué nacl de usted con vida que ama el sacrificio?"

Y sigue en su prédica político-social, de conductor de hombres.

Sin Gómez no hubiera habido guerra, por lo menos entonces; pero sin Martí no habría habido ni el clima propicio a la guerra.

Y Martí pospuso no sólo familia y posición: sacrificó su carrera literaria: su literatura fue una literatura comprometida, de utilidad social, ante todo.

Pero... ya se sabe: todo sacrificio merece recompensa, aún en esta vida.

Desde luego, la lucha le vigorizó y agudizó más el entendimiento, le robusteció el carácter y preservó de grasa inútil a sus músculos.

Y si a Martí le hubiera tocado vivir en una Cuba independiente, o si su vida no se hubiera encauzado como se encauzó, su obra literaria tal vez habría ganado en organicidad, pero habría corrido el riesgo de diluirse en exquisitices, y acaso no habría tenido esa consistencia, esa densidad eléctrica derivada de las urgencias de la acción y que la colocan sobre las modas.

La acción, pues, dio a su estilo un tinte especial -lo humano sobre lo humanístico, lo vital sobre lo literario- que lo sacó del retoricismo pequeño y lo fino y lo elevado.

Y así, este hombre que puso en su vida su partícula de genio, ha llegado a ser la mayor personalidad histórica de su patria y al mismo tiempo su mayor escritor.

Y, otra suerte: "murió a tiempo -ha dicho José de Armas- para no haber visto de su obra sino el aspecto más bello"; murió al comienzo heroico de la guerra, antes de la ayuda oportunista del yanqui, y no alcanzó a la prueba de fuego del que ya es Gobierno.

Si hubiera vivido más, acaso hubiera muerto del descontento que iban a padecer Varona, Byrne...

SU FAMA DE ESCRITOR

Martos había dicho de Martí:

"Es el hombre de más talento que he conocido".

Pero, en general, lo que sus contemporáneos admiraron en Martí -y conocieron- fue casi exclusivamente el orador.

Sobreviene a muerte, y comienza a levantarse una montaña de papel ditirámbico, exaltación, divinización del caudillo heroico tanto como postergación del escritor.

Pero, primero Rubén Darío, Miguel de Unamuno, los Henríquez Ureña, y luego Gabriela Mistral, Federico de Onís, Alfonso Reyes, Juan Ramón Jiménez, Roberto F. Giusti, Andrés Iduarte y otros, sin contar a la gente de Cuba, nos han enseñado a admirar al escritor sin olvidar la veneración del hombre.

Y la personalidad de Martí se precisa y crece con el tiempo.

De tal modo que elogios como los que copio a continuación nos parecen sencillamente justicleros:

"La lupa del crítico podrá descubrir en la trama algunos estambres hilados antes por otros: allí un encadenamiento de frases de procedencia bíblica, aquí un relampagueo de imágenes victorhuguanas; y difusa, la castidad de los escritores del Siglo de Oro, desde la difícil sencillez de Santa Teresa a los primeros barrocos; pero la lujosa tela, prieta y flexible, centelleante e irisada, que se despliega armoniosamente, es obra de arte personalísimo. No es lo menos admirable en él la variedad de tonos y ritmos, siempre acordes con el asunto y el pensamiento. Su discurso tiene el paso suelto y desembarazado, libre de ataduras formales. Por momentos marcha majestuoso y solemne, como sabaleando. Es épico, pindárico, elegíaco, sentencioso. No desdena el arcaísmo ni teme al neologismo. Ahora se dilata en anchas olas castelánicas, ahora crepita en la concisión nerviosa de Saavedra Fajardo; pero sin dejar nunca de ser él mismo, recorre toda la gama de la expresión. Hablando de su prosa, se nos imponen los símiles musicales, como se le impusieron a Darío cuando lo "cantó", a su muerte, con acentos que parecen arrebatados al mismo Martí, cuya influencia sufrió sin duda el nicaragüense, así como ha dejado rastros en el estilo cordial, tan suyo, de Gabriela Mistral". (R.F. Giusti).

"Primitivo, elemental, conciso aun en los momentos en que parece un torrente, claro hasta la luz del relámpago y a la vez con tóneles de dramática oscuridad, confidencial sin chabanería, familiar en medio de la elocuencia, con un tono guerrero para hablar de Bolívar y otro filial para referirse a Hidalgo, traductor de la calma de las viejas ciudades conventuales como del tráfago neoyorkino, culterano doblado en juglar, amplio sin viento, rico sin relleno, aristocrático sin rebuseo" (Andrés Iduarte).

"José Martí enseñó a palpar a la prosa americana. La adiestró en la amplitud de su respiración; mostróle su libertad posible y la grandeza de su originalidad. Nunca, antes de él, nuestra prosa centelleó como en sus manos; nunca se irguió con tan segura agilidad, cruzando airosa de la quietud a la tempestad, del arrobó a la imprecación; nunca fue más intachablemente precisa y más suelta y fácil, como de quien usaba la pluma por espada en su batallar por la redención de América". (José Luis Martínez).

Es "el primer creador de prosa que ha tenido el mundo hispánico" (Guillermo Díaz Plaja, Modernismo frente a noventa y ocho, Espasa-Calpe, Madrid, 1951).

FIN

